

Año 1 : San José, 2 de Noviembre de 1918 : Núm. 7

LECTURAS

Del Jardín Femenino



Sta. ADELA ROSABAL

Precio: 20 CÉNTIMOS ejemplar



W. R. Grace & Co.

San Francisco - New York - New Orleans

Grace Bros. & Co. Ltd.

London - Liverpool - Manchester

Importadores y Exportadores

VAPORES

Agencia en San José - Pasaje Central

Charles G. HERDENAN,

Agente General.



San José, Costa Rica

2 de Noviembre de 1918

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 7

Editores; FALCÓ & BORRASÉ

Los exámenes



Algunas maestras se irritan
por esta orden escolar,
unas ríen y otras gritan,
pero todas se ejercitan
EN EL JUEGO DE BILLAR.

 Lecturas, Eos, Renovación y Ediciones Minúsculas
están de venta en la Librería de Tormo, al lado de La Magnolia

Un viajero celeste

La noche del diecinueve de Enero de mil quinientos veintinueve había gran desasociado en la antigua capital de Nagrando, que Hernández de Córdoba dotó de calles estrechas y tiradas a cordel.

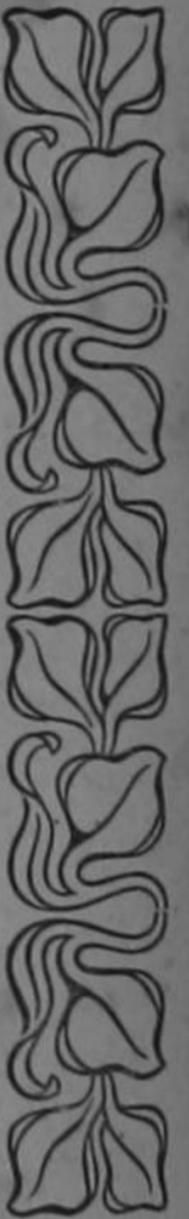
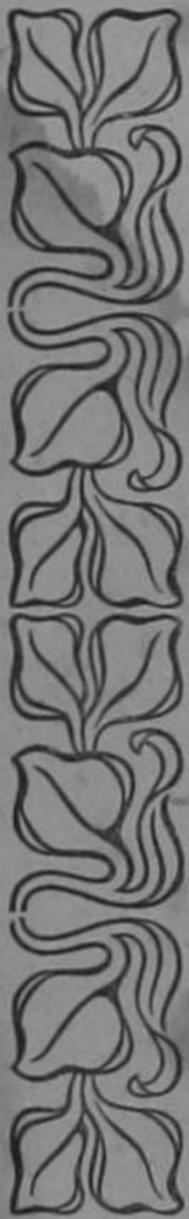
El nombre León, dado al lugar por el Teniente de Pedrarias, no fué del agrado de los indígenas que seguían llamándolo en su dialecto Imabite.

Acababa de ser erigida en diócesis

de que las damas tuvieran ocasión de lucir sus valiosos trajes y los hombres su agilidad y primor en los torneos ecuestres.

Decíamos que en la ciudad había gran desasociado y no era porque el Momotombo se hallara en mayor actividad o porque el Xolotlán agitara, furioso, como otras veces, el volumen de sus aguas.

El volcán arrojaba humo, como de ordinario, haciendo más bella la perspectiva del lago, pero no se le temían a sus erupciones que sólo agregaban un poco de caligine al cielo. Los nobles, antes bien, te-



La raya blanca en el cielo significaba camino...

la provincia; don Francisco Castañeda ejercía funciones de Alcalde Mayor y se había constituido el real Ayuntamiento.

De la populosa Imabite no quedaba sino una que otra choza: había desaparecido el palenque rodeado de árboles frutales y el portal en donde sucesivas generaciones contemplaron al cacique, desnudo, y con los brazos pintados de bixa.

Familias andaluzas se apresuraban a colocar escudos nobiliarios en sus puertas y era un proyecto del Gobernador verificar grandes fiestas en la plaza principal, a fin

níanle como un aliado, pues proporcionaba magnífico azufre que servía para fabricar la pólvora y aprovisionar los Fuertes.

La inquietud de esa noche era general y causada por el aparecimiento de un cometa, de estrella brillantísima y larga cauda.

El fenómeno había producido tanto temor a los nativos como a los españoles, y esto parecía muy natural en aquella época en que eran desconocidas las leyes de la mecánica celeste y sólo se divulgaban los absurdos de ciertos filósofos y los dogmas de algunos padres de la Iglesia.

Relacionaban esa radiosa aparición los indígenas con las desgracias que sufrían y entre los castellanos corrió la noticia de que se había producido un cambio político en el trono español.

Razón tenían los primeros de ver en el cometa un signo fatal: días antes se había hecho una gran caza de indios que destinaban al laboreo de minas y para que sirvieran de acémilas.

Los aborígenes que se resistían a la esclavitud eran atormentados o bien se les daba en trueque de un queso o de un pedazo de tocino.

Muy tarde se despertó el espíritu de la raza y la Historia sólo ha podido recoger frases bellas, como ésta que consigna el cronista López de Gomara: «los indios no se juntaban con sus mujeres para que no pariesen esclavos», o como la del guegue Zipat, que en la plaza de Teoca, cuando se le instaba a recibir el bautismo, porque de lo contrario perdería el cielo e iría al infierno, contestóle al intérprete Luis Dávila: «tanto me dá ir a uno como otro».

Imperaba el precepto bíblico de «ojo por ojo y diente por diente».

Pocos meses antes Pedrarias se había visto en el caso de tomar represalias contra dieciocho indios principales del valle de Olocotón, los cuales fueron entregados a la furia de varios alanos, en cuyas fauces murieron. Esa ejecución tuvo por objeto vengar la muerte del Tesorero real Alonso de Peralta, del hidalgo Zúñiga, de los hermanos Baeza y de tres hombres más, que habían sido comidos con todo y sus cabalgaduras en los momentos en que se dirigían a las plazas en donde tenían encomiendas.

No obstante la codicia de los nobles siempre tenían defensores los aborígenes: el chantre Diego Alvarez de Osorio estaba reconocido como su Protector y hasta el Papa Paulo III había lanzado su célebre bula *Sublimis Deus*. Ya no parecía del todo fácil la empresa de destruir pueblos; además el Poder en ese entonces no era cosa segura y con frecuencia había rebeliones y el amo de ayer era ajusticiado por sus propios subalternos.

La aparición del cometa y el revuelo que produjo, fueron la causa de que se aplazaran las fiestas en proyecto, y hasta tomó cuerpo el rumor nada inverosímil, de que había ocurrido un cambio político en el trono de España.

Veamos ahora lo que estaba aconteciendo en los lugares cercanos a Imabite. Con el sonoro cascabel de madera en la diestra, y su mosqueador de plumas, había bajado un emisario de la sierra al llano congregando a las tribus. Trasmítia la orden de reunirse en la montaña del Momotombito que algunos arqueólogos suponen obra de los toltecas, es decir, una pirámide como las de Tlascala y Cholula.

Los indios salieron de sus bosques un sábado, llevando tostes y magales para sacrificarlos. Embarcados en canoas, con toldo de esteras, se dirigieron a la falda del cerro en donde alzaron un adoratorio, adornándolo con mazorcas de maíz tierno. Se sajaron los labios con hachas de pedernal y las primeras gotas de sangre las ofrecieron al Sol.

Concluída esa ceremonia, se reunió el consejo de ancianos para interpretar conforme a sus ritos el singular fenómeno celeste, y, disuelta esa junta, los sacerdotes dijeron a los indígenas toda la terrible verdad: aquella raya blanca en el cielo significaba *camino*, quería decir que las tribus *morirían en viaje*.

Al oír de sus guegues semejante profecía, prorrumpieron en gritos los aborígenes, tañeron atabales y caracoles, entregándose a un vertiginoso contrapás y ejecutaron después uno de aquellos célebres mítotes en que describían las hazañas de sus grandes guerreros.

La danza heroica, comenzada a la media noche, terminó en un lúgubre alarido que atronó las montañas, en los momentos en que la luna, a la que recibían al nacer, arrojando al aire puñados de pinol, desaparecía en el horizonte del lago.

Después se hizo el silencio, y el Momotombo rugió dice la leyenda.

Al día siguiente el Xolotlán arrojaba a la costa cientos de cadáveres, y por primera vez, ante la enormidad de la tragedia, se llenaron de lágrimas los ojos negros de las andaluzas de Imabite.

LEONARDO MONTALBÁN

 LE CONVIENE a usted empastar sus libros en el Taller de Encuadernación de los señores FALCÓ & BORRASÈ, pues los precios son económicos y el trabajo elegante y bien acabado.

Dirección: 7.^a Avenida, Este 42, San José.

Los Cuentos de mi tía Panchita

La suegra del Diablo

Había una vez una viuda de buen pasar, que tenía una hija. La muchacha era hermosota y la madre quería casarla con un hombre bien rico. Se presentaron algunos pretendientes, todos hombres honrados, trabajadores y acomodados, pero la viuda los despedía con su música a otra parte porque no eran riquísimos.

Una tarde se asomó la muchacha a la ventana bien compuesta y de pelo suelto. (Por cierto que le llegaba a las corvas y lo tenía muy arrepentido). No hacía mucho rato que estaba allí, cuando pasó un señor a caballo. Era un hombre muy galán, muy bien vestido, con un sombrero de pita finísimo, moreno, de ojos negros y unos grandes bigotes. El caballo era un hermoso animal con los cascotes de plata y los arneses de oro y plata. Saludó con una gran reverencia a la niña, quien advirtió que el caballero tenía todos los dientes de oro. El caballo al pasar se volvió una pura pirueta. Desde la esquina, el jinete volvió a saludar a la muchacha quien se metió corriendo a contar a su madre lo ocurrido.

A la tarde siguiente, madre e hija bien alicorreadas, se situaron en la ventana. Volvió a pasar el caballero en otro caballo negro, más negro que un pecado mortal, con los cascotes de oro, frenos de oro, riendas de seda y oro y la montura sembrada de clavitos de oro. La viuda advirtió que en la pechera, en la cadena del reloj y en el dedito chiquito de la mano izquierda había chispear de brillantes. Se convenció de que era cierto que tenía toda la dentadura de oro. Las dos mujeres se volvieron una miel para contestar el saludo del caballero.

Al día siguiente desde buena tarde, estaban a la ventana, vestidas con los trapos de coger misa. Al cabo de un rato, apareció el desconocido en un caballo que tenía la piel tan negra como si la hubieran cortado en una noche de Octubre; los cascotes eran de oro y los arneses de oro, sembrados de rubíes, brillantes y esmeraldas.

Las dos se quedaron en el otro mundo, cuando lo vieron detenerse ante ellas y desmontar. Las saludó con grandes ceremonias. Lo mandaron pasar adelante y la viuda llamó al *concertado* para que cuidase del caballo.

El desconocido dijo que se llamaba don Fulano de Tal, presentó recomendaciones de grandes personas, habló de sus riquezas, las invitó a visitar sus fincas y por último pidió a la niña por esposa. No había terminado de hacer la propuesta, cuando ya estaba la madre contestándole que, con mucho gusto y llamándolo hijo mío.

Desde ese día las dos mujeres se volvieron turumba: cada día visitaban una finca del caballero; cada noche bailes y cenas; no volvieron a caminar a pie, sólo en coche y regalos van y regalos vienen.

Por fin llegó el día de la boda. El caballero no quiso que fuera en la iglesia sino en la casa y nadie se fijó en que al entrar el padre, el novio tuvo intenciones de salir corriendo.

Los recién casados se fueron a vivir a otra ciudad en donde el marido tenía sus negocios. Desde el primer día que estuvieron solos, al almuerzo, el marido dijo a la esposa que él sabía hacer pruebas, que dejaban a todo el mundo con la boca abierta y que las iba a repetir para entretenerla, y diciendo y haciendo se puso a caminar por paredes y cielo con la facilidad de una mosca; se hacía del tamaño de una hormiga, se metía dentro de las botellas vacías y desde adentro hacía morisquetas a su mujer; luego salía y su cuerpo se estiraba hasta alcanzar el techo. Y esto se repetía todos los días al almuerzo y a la comida. En una ocasión vino la viuda a ver a su hija y ésta le contó las gracias de su marido. Cuando se sentaron a la mesa, la suegra pidió a su yerno que hiciera las pruebas de que le había hablado su hija. Este no se hizo de rogar y comenzó a pasearse por cielo y paredes y a repetir cuantas curiosidades sabía hacer. La vieja se quedó con el credo en la boca y desde aquel momento no las tuvo todas consigo.

A los pocos días volvió a hacer otra visita a sus hijos, y trajo consigo una botijuelita de hierro, con una tapadera que pesaba una barbaridad. A la hora del almuerzo rogó a su yerno que las divirtiese con sus maromas. Después que éste se dió gusto con sus paseos boca abajo por el techo, le presentó la botijuela y le dijo: —Apostemos a que aquí no entra Ud?

El otro de un brinco se tiró de arriba y se metió en la botijuela como Pedro por su casa. La suegra hizo señas a unos hombres que tenía listos con la tapadera, tras una cortina, y éstos se precipitaron y taparon la botijuela. El yerno se puso a dar gritos desaforados y a hacer esfuerzos por salir. La esposa quiso intervenir para que le abrieran, pero la madre le dijo: —Criatura de Dios, pues no ves que es el mismo Pisuicas? Desde la otra vez que estuve, eché de ver que tu marido no era como todos los cristianos. Le consulté a un sacerdote quien me acabó de convencer de que mi yerno no era sino el Malo. Dale infinitas gracias a Nuestro Señor de que a mí se me ocurriera este medio de salir de él.

Luego se fué en persona para la montaña, seguida de los hombres que cargaban la botijuela. Se hizo un hoyo profundo y allí dejó enterrada la botijuela con su yerno adentro. Este se quedó bramando de rabia y diciendo pestes a su suegra.

En efecto, aquel era el Diablo y desde el día en que la vieja lo enterró, nadie volvió a cometer un pecado mortal, sólo pecados veniales, aconsejados por los diablos chiquillos. Y toda la gente parecía muy buena, pero sólo Dios sabía como andaba el frijol.

Pasaron los años y pasaron los años en aquella bienaventuranza, y el pobre Pisuicas enterrado, inventando a cada minuto una mala crianza contra su suegra. Un día pasó por aquel lugar un pobre leñador que tenía por único bien una marimba de chiquillos a la cola, y tan arrancado que no tenía segundos calzones que ponerse. Le pa-

reció oír bajo sus pies algo así como retumbos; se detuvo y puso el oído. Una voz que salía de muy adentro decía: —quien quiera que seás, sacame de aquí. --El hombre se puso a cavar en el sitio de donde salía la voz. Al cabo de unas cuantas horas de trabajar, dió con la botijuela. De ella salía la voz que ahora decía: —pronto buen hombre, sacame de aquí.

El preguntó: —Qué persona por más pequeña que sea puede caber dentro de esta botijuela?

El que estaba en ella contestó: sácame y verás. Soy alguien que puede hacerte inmensamente rico.

Esto era encontrarse con la Tentación y el pobre, al oír lo de las riquezas, hizo un esfuerzo tan grande que levantó solo la tapadera. Ciertamente es, que por dentro el Diablo empujaba con todas sus fuerzas. La tapadera saltó con tal impetu que desapareció en los aires; el Demonio salió envuelto en llamas y la montaña se llenó de un humo que olía a azufre. El pobre leñador cayó al suelo más muerto que vivo. Cuando fué volviendo en sí, se le acercó el Diablo y le contó la historia de su entierro.

—Para pagarte tu favor--le dijo--nos vamos a ir para la ciudad. Yo me voy a ir metiendo en diferentes personas de las más ricas y sonadas, quienes enloquecerán. Vos aparecerás en la ciudad como médico y ofrecerás curarlas. No tenés sino que acercarte al oído del enfermo y decirme: —Soy yo, el que te sacó de la botijuela, y al punto saldré del cuerpo. Eso sí, cuando te acerques y yo te diga que no, es mejor que no insistás porque será inútil. Ya te lo advierto.

Y dicho y hecho. Partieron para la ciudad, el leñador se hizo anunciar como médico y a los pocos días cádate con un gran conde más loco que la misma locura. Lo vieron los más famosos médicos del reino, y nada. De pronto se supo que el médico recién llegado ofrecía devolverle la salud. Llegó donde el enfermo y para disimular, se puso a darle a cada hora una cucharada del contenido que traía en una botella y que no era otra cosa que agua del tubo con anilina. A las tres cucharadas se acercó al oído del conde y dijo: —Soy yo el que te sacó de la botijuela—. Inmediatamente salió el Diablo y el conde quedó como si tal enfermedad hubiera tenido. Toda la familia estaba agradecidísima y no hallaban donde poner al médico.

Siguieron presentándose casos de locura de diferentes aspectos y casi todos eran en el duque don Fulano de Tal, en la condesa doña Mengana, en el marqués don Perencejo. Y todos fueron curados por el médico que ya no tenía donde guardar el oro que se ganaba. Por fin se puso mala la reina y el Señor me dé paciencia! Aquello sí que fué el juicio. La reina no tenía sosiego un minuto y ya el rey iba a coger el cielo con las manos y últimamente tuvieron que amarrarla porque ya no se aguantaba. Aconsejaron al rey que llamara al famoso médico y cuando llegó, le ofreció hacerlo su médico de cabecera, y darle muchas riquezas si sanaba a su esposa. El otro por rajón, le contestó que ya podía hacerse de cuentas de que la reina

estaba curada y que si no sucedía así, le daría su cabeza.

Se acercó con su botella de agua y le dió las tres cucharadas. A la tercera dijo al oído de la enferma: —Soy yo, el que te sacó de la botijuela.

El diablo respondió: —No!

Al oír esto, el hombre se puso como el día en que lo habían de enterrar. Y ahora que iba a hacer? Se acercó otra vez al oído de la enferma a suplicarle: --Salí por lo que más quieras! Mirá que si no, acaban conmigo! Por vida tuyita....

Pero de nada le servían las súplicas: el otro seguía emperrado en que no y en que no.

Pidió al rey tres días de término y entre tanto no hizo otra cosa que suplicar al Diablo que saliera, dar cucharadas de agua con anilina a la pobre reina y sobarse las manos. Cuando estaba para terminarse el plazo se le ocurrió una idea: pidió al rey que hiciera traer la banda, que comprara triquitraques y cohetes, que a cada persona del palacio le diera una lata o algún trasto de cobre y la armara de un palo y que a una señal suya, la banda rompiera con una tocata bien parrandera, todos gritaran y golpearan en sus latas y se diera fuego a la pólvora.

Y así se hizo. En ese momento se acercó el leñador al oído de la reina y suplicó al Diablo: --Salí por vida tuyita.

En vez de contestar, el diablo preguntó: --Hombré, que es ese alboroto? El otro respondió: --Aguardate, voy a ver que es? Inmediatamente volvió y dijo: --Que Dios te ayude! Es tu suegra que ha averiguado que estás aquí y ha venido con la botijuela para meterte en ella de nuevo.

—Ni por la Trampa que me coge--dijo el Diablo. Y patas pa qué te quiero? Salió corriendo y no paró sino en el Infierno. La reina se puso buena y el leñador, que ya era don Fulano y muy rico, mandó por su mujer y su chapulinada y todos fueron a vivir a un palacio que le regaló el rey y desde entonces vivieron muy a gusto.

LAS MALAS COSTUMBRES



Versos a domicilio

Chepillo

Muy tristón y muy de mañana llegó Chepillo, el Sacristán, a la oficina del señor Cura, y

—Buénos días, Señor.... y sin esperar la respuesta, agregó: Sería usted tan bueno que me dispensara de no ayudarme a la ceremonia de esta tarde?

—¿Y qué te pasa?—preguntó con suavidad el señor Cura, al contemplar el semblante descompuesto del muchacho.

—Es que....

—Bueno, bueno, busca quien te reemplace y asunto concluido.... y dándole una palmada en el hombro, agregó: No te abobes, hombre, no te abobes....!

Dando las gracias por aquel servicio salió de la estancia con ánimo de buscar dos amigos: uno, para que ayudara a la Ceremonia, y el otro, para que repicara las campanas.—Y yo?—se dijo—me esconderé muy tristemente a donde nadie me vea....ni me hable...!

Pocos momentos antes de las cinco de la tarde subió Chepillo al Campanario, doliéndose mucho de no haber hallado uno que hiciera sus veces en aquella torre: Juancho, se había ido a trabajar al monte desde muy temprano y volvería ya entrada la noche, y Pirucho, tenía una cortada en una mano.

—Estoy solo, se decía el muchacho, y no tengo voluntad para repicar; y sentado en un banquillo, esperaba a que el cortejo entrara a la Iglesia, mientras su dolorida existencia sentía la gran tristeza del ser que ve alejarse para siempre la dicha entre vista.

Sonaron las cinco.... y llegó por fin la pareja que iba a unir con el matrimonio el señor Cura.

Y él, asomado sin ser visto desde la torrecilla, la vió, y al verla, se le escapó un grito de dolor.... de desesperación.... que nadie oyó....!

—Sí, es ella, se dijo—la ingrata y bella amada!—Sí, y él, también es el ladrón de mi dicha!—Y aquel ser joven lloró en la soledad....!

El tiempo pasó....!

De pronto fué sorprendido por los acordes de una orquesta, y de nuevo el infeliz lanzó un nuevo grito, y mientras sus lágrimas brotaban de sus ojos, comenzó a repicar las campanas estrepitosamente, nerviosa-

mente.... él qué sabía lo que hacía?

Aquellas campanas tocadas a todo vuelo, no era posible callarlas, no; cada vez los sonidos eran más fuertes, y fué entonces cuando lasavecillas allí asiladas revolotearon alrededor de las torres, y fué entonces cuando los vecinos del pueblo salieron precipitadamente de sus casas muy alarmados, y cuando la concurrencia que se encontraba en la Iglesia salió en gran confusión, y ésta, unos con otros se hacían preguntas y más preguntas sin poder obtener nadie ninguna contestación—mientras un grupo hacía señas y gritaba al Campanero para que callara.... pero todo en vano....!

Aquel muchacho no veía a nadie, tocaba a impulsos de su estado nervioso.

Pasado el pánico, algunos comenzaron a reír, como siempre!—Qué sabe la multitud de los sufrimientos ajenos?—Y aquel toque tan prolongado lo calificaron como una broma de muchacho, como una gracia, pues Chepillo había sido siempre tan guasón....!

Pero a poco a Chepe le faltaron las fuerzas; ya estaba fatigado de tan larga y fuerte tocata, y entonces fueron los sonidos más lentos, más lentos... y precisamente el cambio fué cuando ya los novios salían del Templo.

Din.... Don....!—repetía la campana despaciosamente.—Y aquel triste repique, parecía que tocaba a muerto....!

Din.... Don....!

Los allí presentes, cuando oyeron tan extraño toque, corrieron asustados a callar a aquel pillo....—¡Ya era un gran pillo....!—pero la campana seguía con su fúnebre tañido y Chepillo no veía ni oía, y como antes, no se daba cuenta de lo que ocurría.

Las gentes estaban ya disgustadas, e indignadas corrieron en grupos para dar de punta-pies a aquel insolente.... pero no pudieron castigarlo: éste se había encerrado por dentro, con llave, y así, ni el mismo señor Cura podía entrar a las torres.

Y las campanas seguían diciendo fúnebremente el triste y ronco Din.... Don....!

La novia salió del brazo del esposo, muy triste, muy acongojada.... Al llegar a la primera grada del atrio, miró a la torre de donde salían aquellos toques que tanto la herían... y al reconocer a Chepillo, se estremeció y las lágrimas se le escaparon....

En ese mismo instante, las campanas callaron, y el muchacho, asomándose para

ver el desfile, recogió una mirada de su adorada que de nuevo lo volvió a ver.... cuando subía al coche.

Los curiosos, al sorprender aquella escena, comprendieron algo, y entonces hubo exclamaciones de compasión para el pobre Chepillo que estaba tan alto, tan solo y tan triste.... ¡Pobrecillo! ¡Pobrecillo!

Cuando Chepe perdió de vista el coche que llevaba su tesoro amado, se volvió a sentar en el banquillo, y sintiendo todavía rodar sus lágrimas, comenzó a recordar sus amores.

El violento toque de campanas le había hecho muy bien: lo había aturdido, lo había hecho olvidar sus penas.... pero los otros.... lo habían hecho sufrir más.... pues cada campanada la había sentido muy hondo.... muy hondo....!

Y no sabía lo que había tocado, el pobre....! Había estado todo el tiempo como alucinado, inconsciente, sintiendo algo muy extraño....

Sus amores fueron tan dulces....!

Desde joven amaba aquella que había consentido en no hacerlo feliz, yéndose con otro, con un extraño y de otros lugares. Ni siquiera el consuelo le quedaba de verla más, porque se la llevarían a otra tierra distante, donde tal vez no podría ir nunca por su pobreza y ocupaciones.

Y la vida pasada y dichosa acudía a su imaginación de enamorado adolescente.

Recordaba allí, sentado en su banquillo, las tantas veces que la había visto entrar al templo a cumplir con sus devociones de cristiana, y cómo entraba siempre: siempre mirando hacia el campanario para verlo, para sonreírle....!

¡Oh, y cómo lo miró esa tarde para dirigirle su última mirada, y de qué manera, vestida de desposada y ya de otro....! Qué diferencia de cuando así la había visto vestida otra vez, el día de su primera comunión.

Ese sí fué un día feliz, lleno de sonrisas y dichas—y aquí se estremeció—al recordar que ese gran día le llevó de regalo una almohada para que ella descansara su adorada cabecita cuando durmiera.

—Yo mismo la hice!—le dije al entregársela—y es hecha con las plumas de los pajaritos que he matado con mi flecha, y es para que siempre sueñes conmigo.

—Ingrato! -- exclamó ella al recibirla --. Matar tanto pajarillo.... no te creo, porque no puedes ser tan malo....!

—Para hacer una almohada para tu linda cabecita...., repitió.

—Ingrato, mal corazón....! -- volvió a decir -- mientras le sonreía agradecida.

—Bueno, ¿ya estás contenta y me perdonas?

—Sí, pero no lo vuelvas a hacer....!

Y fué ese mismo día cuando toda temblorosa le dijo muy bajito que lo amaba mucho.

Y siguiéronse amando, siempre felices y contentos!

Pero la muchacha creció; ya tenía dieciséis años cumplidos ya era mujer; ya tenía que pensar en su porvenir, y Chepillo era todavía tan poca cosa....!

Así pensó la familia al presentarse un día un hombre en su casa, que era de otro pueblo y sobre todo muy rico. Y ese hombre habló de sus propósitos matrimoniales y fué acogido con alegría por los padres y la muchacha obligada a aceptar aquella solicitud tan buena y tan cruel para ella.

Y la boda se llevó a efecto después de muchas lágrimas, después de oír muchos regaños y de sufrir de su familia muchos atropellos; y aquella niña, así llegó al altar, toda dolorida, con el corazón hecho pedazos a dar el sí mentiroso ante los Altares y a sufrir el martirio que se le imponía.... era tan sumisa....!

Chepillo la veía en esos momentos, tan linda, tan buena, y tan cariñosa con él! Y ya todo estaba concluído, toda su dicha acabada, y sus ilusiones destrozadas, y todo por no tener dinero, ni edad para poder enfrentarse a sus desdichas. Y cómo? Se hizo esta pregunta, y tendió su mirada a los espacios como para hallar en ellos un ligero consuelo.

Era ya tarde.... y contempló un soberbio ocaso lleno de oro y azul—y su imaginación se dilató en aquella espléndida y dorada puesta de sol.

Y allí, en aquel fantástico pedazo de cielo, estaba derramado todo el oro que él necesitaba para ser feliz; pero tan lejos.... tan lejos y tan imposible como estaban ya todas sus bellas ilusiones....!

Ya cansado, resolvió bajar y encaminarse a su casa, donde hallaría a su buena madre que lo esperaba quizás intranquila.

Y bajó...!

El señor Cura lo esperaba, y

—Vamos a mi despacho—le dijo—. Vamos a ver! Qué has hecho....?, y por qué has escandalizado así a todo el pueblo?... Responde....?

—Señor Cura, yo no sé nada.... viera cómo estoy.... cómo sufro....!

Y la respuesta era sincera, y en ella no notó ni pizca de malicia el buen señor Cura.

—Ud. no sabía, señor Cura, que esa Lucía era mi novia y que nos queríamos mucho?

—Pero ya no te ama, se casó con otro, y ya no debes pensar en ella....!

—Pero todavía me quiere mucho, señor Cura, ella me lo dijo llorando.... pero se casó con otro porque la obligaron los padres, porque era un hombre muy rico, sabe... y si no fuera así, Ud. cree que me hubiera mirado hace un rato, cuando salió de la iglesia? ¿Y cómo lloró la pobrecita, señor? porque yo la ví....

—Te miró, decís?

—Sí señor, dos veces, ¿ya ve como me quiere....

El señor Cura puso sus manos en los hombros del muchacho, mirándolo compasivo, exclamó: ¡Cómo sufres, muchacho! Dios te premiará....!

STENIO

San José, octubre 1918.

El pañuelo de los tiempos azules

¿Recuerdas de nuestro pañuelo, de aquel pañuelo pequeñito, de tela humilde que tenía flores primaverales y bandas de mariposas azules en los ángulos y las guardas de niños jugando al aro y a la gallina ciega? ¿Recuerdas de aquel pequeño pañuelo que parecía una alegre mañana campestre del mes de mayo, aquel que de niños un domingo por la mañana antes de misa llevamos a casa de una viejecita vecina a fin de que lo perfumara un poco? ¿Recuerdas ya? La buena anciana nos condujo a un jardinillo situado detrás de la casa; tomamos por la derecha hacia un rincón bañado por el sol en las vecindades de un alero del cual pendía un tronco rústico, asilo de un enjambre de abejas campesinas, y el pañuelo fué colocado en un rosal de ánforas escarlata guardadoras de esencias orientales y, a poco—¡oh virtud la de las ro-

sas, oh prodigio!—, el pañuelo era una gloria, una felicidad, un ensueño. ¿Recuerdas bien? Tomando la prenda de manos de la anciana la llevaste a tu cara para aspirar hasta la embriaguez las esencias del mágico rosal perfumante.

De eso hace ya mucho tiempo, pero mucho; y sin embargo, he aquí que hoy el milagro comienza a coperarse otra vez....

—Mi corazón es ahora aquel pañuelo de flores y mariposas, y tú misma el rosal que lo perfuma.

Octubre 1918.

RUBÈN COTO

DE ACTUALIDAD



Protagonistas: un maestro de escuela y un médico.

El pobre maestro hambriento va a casa del médico.

—¿Qué enfermedad padece usted?

—No lo sé; padezco unos horribles dolores de estómago.

El doctor, después de mirarle la lengua y de tomarle el pulso:

—Amigo mío, no tiene usted nada en el estómago.

—Ya lo sé; pues por eso me duele, porque no tengo nada en él.

MENTHOLATUM

Indispensable en todos los Hogares.
De venta en todas las Boticas.

Las modas



Dice bien doña Cecilia:
cuando cae un aguacero
basta un paraguas-sombrero
para toda la familia!

Página femenina



A las mujeres pobres

¡Mujeres pobres, mujeres del pueblo, las que trabajan para ganar la vida, ustedes son el brazo de la patria! El deber de ustedes es duro, pero es claro, y en cierto modo fácil de cumplir; están ustedes obligadas a trabajar con eficacia y con alegría. Hagan ustedes bien su oficio, y canten mientras estén trabajando. Cuando los oficios se cumplen perfectamente, la obra se perfecciona, y el país donde la obra es perfecta, es más grande. Ustedes, trabajando perfectamente, llevan la hebra de lana a la bandera, y esa hebra de lana es la trama fuerte y fundamental. Perfecciónense ustedes en su oficio, de tal manera, que no haya más remedio, en justicia, que pagarles lo que pidan por él: a fuerza de trabajo perfecto lograrán ustedes trabajo bien pagado. Y canten ustedes toda la semana y diviértanse ustedes el domingo con toda la alegría de su corazón, llenando el aire limpio con risas de esperanza. Y cuando tengan ustedes hijos, que mamen con la leche del pecho de su madre, el amor al trabajo y la alegría. ¡Y no necesitan ustedes dar más, ni a ellos ni a la Patria, para haber cumplido heroicamente su deber de patriotas!

G. MARTÍNEZ SIERRA

La mujer

Joven o vieja, fea o bella, frívola o austera, mala o buena, la mujer sabe siempre el secreto de Dios.

Si el Universo tiene un fin claro, evidente, innegable, que está al margen de las filosofías, ese fin es la Vida, la Vida: única doctora que explicará el Misterio; y la perpetuación de la Vida fué confiada por el Ser de los Seres, a la mujer.

La mujer es la sola colaboradora efectiva de Dios.

Su carne no es como nuestra carne.

En la más vil de las mujeres hay algo divino.

Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.

AMADO NERVO

Heroísmo

La mujer inferior al hombre por sus sentidos, lo es superior por su alma.

Los Galos le atribuyeron un sentido más: el sentido divino. Ellos tenían razón: la naturaleza ha concedido a las mujeres los dones dolorosos, pero celestes, que las distinguen y las elevan sobre la condición humana; la piedad y el entusiasmo.

Exaltación y abnegación ¿no constituyen el heroísmo? Ellas tienen más corazón y más imaginación.

Es facultad de la mente original el entusiasmo y en el corazón reside la abnegación.

Las mujeres, pues, son naturalmente más heroicas que los hombres, y cuando el heroísmo debe alcanzar a lo maravilloso, hay que esperar de una mujer el milagro. Los hombres sólo llegan a la virtud.

Siempre que el sentimiento del patriotismo exaltado llega al entusiasmo en un país, las mujeres lo experimentan en el mismo grado que los hombres.

La patria no pertenece más que a nosotros, pero como ellas son por su naturaleza más impresionables, sensibles y amantes, se incorporan más personalmente, con todos sus sentidos y todo su corazón, a cuanto les rodea.

La cara imagen de la patria se compone para ellas de sus madres, esposos e hijos; de sus hogares, de sus tumbas, templos y dioses; y ellas se aferran como las cosas débiles a las cosas fuertes, con tanto ahinco y frenesí que cuando este apoyo se derriba, ellas perecen debajo.

LAMARTINE

Altas Letras

Un caso de conciencia

Escribo estas líneas en el país de Francia; la casa en que vivo da sobre una carretera que va desde San Sebastián a Biarritz. Es estío y por la dicha vía no cesan a toda hora de pasar automóviles. Yo bajo los árboles leo un libro de especulaciones filosóficas; de cuando en cuando dejo el libro sobre un velador y me pongo a meditar en un hecho extraño, curiosísimo, que hace días me preocupa. Se trata de un grave problema; los dos términos de este problema son los automóviles y los perros. Para que el lector no esté más en cuidado procederé a explicarme inmediatamente. Los perros son de todos nuestros compañeros el que está más cerca de nosotros, sin nosotros los perros casi no podrían vivir; ellos nos estiman, nos quieren; ellos creen tal vez que nosotros hemos sido hechos para ellos; están ellos a nuestro lado desde hace mucho tiempo. Ahora bien; los perros tienen experiencia de nuestras cosas; pero de tarde en tarde surge algo en la civilización humana que los desconcierta; todas sus ideas filosóficas, éticas y aun estéticas se vienen abajo por este hecho; ellos se encuentran desorientados. Y entonces ladran, es decir, protestan y nos reconvienen por nuestra conducta. Esto es lo que ha sucedido recientemente con los automóviles: los perros tienen experiencia de la velocidad de un carro, de un coche y aún de un tren. Pero el automóvil, ese artefacto vertiginoso, incongruente, ¿no era para ellos una cosa desconcertadora? Lo era; de aquí los aplastamientos, muertes y fieros males que los perros sufrieron al principio de la implantación de este invento. Pronto, sin embargo, nuestros amigos se pusieron a la altura de las circunstancias; las roncadas y sonoras bocinas eran ya conocidas de ellos; su són les indica la llegada de un automóvil; era una señal infalible y ellos para en adelante, sabían a qué atenerse. Sin embargo, un día aparecieron otros automóviles que no llevaban bocina ronca; llevaban una especie de pequeño órgano que iba sonando a manera de agudas notas. Esto ha sido en estos días. Los perros otra vez desconcertados han comenzado a ladrar desafor-

radamente. Toda la experiencia adquirida a tanta costa ha desaparecido; de nuevo han de observar, estudiar la realidad para precaverse del peligro. Yo, desde mi casa apacible del país de Francia, oigo los agudos e irónicos clarines de los automóviles y oigo también el ladrado furioso de los perros. Y yo pregunto: ¿tenemos derecho a jugar con la buena fe de nuestros amigos? ¿Podemos destruir con nuestros caprichos sus tradiciones, su experiencia, su sistema del mundo y de la vida? Yo creo que no; que se ponga cada cual la mano sobre su corazón y conteste.

AZORIN

La religión de la alegría

Bien está que seamos austeros con nosotros mismos; mas no por eso empobrezcamos la vida. Sobre este particular no escuchamos lo que nos dicen los refinados en literatura de nuestros días; no privemos a la humanidad de sus goces: antes bien, gocemos viéndola gozar. El contento de los demás es gran parte del nuestro propio; constituye esa gran recompensa de la vida honrada: la alegría. Se me reprocha el haber predicado mucho esta religión, fácil en apariencia, pero en realidad la más difícil de todas. No todo el que quiere es alegre. Para eso se necesita ser de una vieja raza no hastiada; es preciso también contentarse con la propia vida. La mía ha sido lo que yo quería, lo que concebía como lo mejor. Si tuviese que vivirla de nuevo, no cambiaría en ella gran cosa.

ERNESTO RENAN

Estar preparados

Gran cosa es saber estar preparado. Facultad preciosa que implica cálculo, golpe de vista y decisión. Para esto es preciso saber cortar, porque no se puede desatar todo. Saber desprender lo esencial de las minucias que lo envuelven, porque no todo se puede conducir de frente; en una palabra, saber simplificar sus deberes, sus asuntos y su vida. Saber estar presto es saber partir. Es sorprendente cuán enredados estamos ordinariamente con mil y un impedimentos y deberes que no son tales y que, sin embargo, nos empelotonan con sus hilos de araña y dificultan el movimiento ascendente. El desor-

den es el que nos hace esclavos. El desorden de hoy descuenta la libertad de mañana.

Aplazar es embrollar. Seamos expeditivos, pues las cosas que dejamos que se arrastren detrás de nosotros, se levantarán más tarde ante nuestra marcha y embarazarán nuestro camino.

ENRIQUE FEDERICO AMIEL

El ideal

Existía una mujer cuya inocente locura era creerse desposada y en víspera de contraer matrimonio. Por la mañana, al despertar, pedía un traje blanco, una corona de azahar, y, sonriente, se engalanaba: «Hoy es cuando va a venir», decía. Llegada la noche, apoderábase de ella gran tristeza después de la inútil espera, entonces se quitaba el traje blanco. Pero al día siguiente, con el alba, volvía su confianza: «Es para hoy», decía, y pasaba los años en esta incertidumbre, siempre engañada y viva siempre, no quitándose su traje de esperanza más que para volvérselo a poner.

La humanidad es como esta mujer, olvidadiza de toda decepción: espera uno y otro día la llegada de su ideal; hace probablemente cientos de siglos que dice: «Es para mañana»; cada generación viste, llegada su vez, el traje blanco. La fe es eterna como la primavera y las flores.

DESCARTES

Platero

«Platero» es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: «¿Platero?» Y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña... pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paseo sobre él, los domingos,

por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo.

Tiene acero.

Tiene acero. Acero y plata de luná al mismo tiempo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

La vida anecdótica

Un metodista y un presbiteriano, M. Harry y M. Jales (dos denominadores de las tantísimas sectas que hay entre los protestantes), se embarcaron en Liverpool.

Durante la navegación, ambos leían la Biblia y se comunicaban su modo de pensar.

Se trataba de saber en qué sentido debía interpretarse aquella sentencia del Salvador: «A quien te pegue en la mejilla derecha, presenta también la otra». (S. Mateo v. 3).

El metodista pretendía que se debían tomar al pie de la letra estas palabras. El presbiteriano decía todo lo contrario; pero como su adversario sostenía con obstinación su parecer, a fin de convencerle, acabó por aplicarle un sonoro bofetón, diciéndole:

---Presentadme entonces la otra mejilla.

Así lo hizo el metodista y recibió un segundo bofetón.

Serenándose luego, dijo el metodista.

---Oyeme: leamos también un poco más adelante estas otras palabras: «Con la vara que midieres serás medido.» (S. Mateo VII).

Dicho esto restituyó al presbiteriano los dos bofetones; pero con tal violencia, que le hizo rodar sobre la cubierta del buque.

---¿Qué hacen éstos pasajeros?---preguntó el Capitán a uno de los tripulantes.

---Nada---contestó friamente aquél---están interpretando la Biblia.

¡El pobre viejo!

Ha muerto de hambre y de frío, a los ochenta años, tirado a la orilla de un camino, como una cosa inútil y olvidada.

¡Ochenta años.....! Tal vez haya dejado tras de sí una larga generación..... ¡No obstante, andaba el pobre abuelo, solo, desamparado, sin un biznetillo que lo llevase de la mano..... ¡Solo, desamparado, sin la solicitud de nadie!..... ¡Así se desplomó en el sendero para no levantarse más!

Y allí está. Las gentes no se apresuran a quitarlo de allí, porque ¡total! se trata de un pobre viejo que ya cumplió. «¡Bien está! ¡Ha vivido bastante!»

Pero, en cambio, la tierra no se cansa de tenerlo en su regazo como una madre fuerte..... ¡Húmeda, debajo del inanimado cuerpo, parece que suda en él..! ¡Oh, el sol, en beso inacabable, lo guarda tibio!..... Y, más piadosas que la gran familia de los hombres, las moscas velan el cadáver!

VICENTE MEDINA

Cuento Semanal

El Dios Bueno

Todos los niños del hospicio habían ya rezado después de la taza de chocolate. A los más pequeños les habían persignado las hermanas de la caridad. En la gran sala, alumbrada por una farola de gas, colocada en un extremo, flotaba el aliento acompasado del sueño, exhalándose de las camitas que tenían tanto de nido como de cuna. La hermana Adela vigilaba. ¡La buena hermana Adela! Al muchacho que tenía descubierto los piecitos, se los cobijaba con la sábana blanca. Al que se había acostado con la mano sobre el corazón se la quitaba de allí, y le ponía tendido sobre el lado derecho, porque así se duerme bien y no se tienen pesadillas. A cada cual vigilaba la hermana con gran cuidado: al rubio Jorge que tenía los cabellos dorados y las más preciosas manos infantiles; al gordiflón Roberto, una delicia por su gracia; a la dulce perlita Estefanía, que era la que con lindos dientes reía en el jardín, fresca, tierna y alegre bajo un rosal ¿a cuántos niños más? ah! a la incomparable Lea, que era pálida y apacible, y en el juego de recreo la más formal: la que rezaba bellamente como un angelito con las manos juntas, al buen señor Dios, a la hora de acostarse.

¡Ninguna como esta adorable pequeña! Era la más amada de las huérfanas inocentes, que vivían en aquella casa de caridad, bendito kindergarten de miniaturas humanas, donde las risas desbordadas, sonaban como canciones locas de pájaros nuevos, en una pajarera, encantadora. El domingo, cuando iban de paseo todos los chicos del hospicio, llamaba la atención Lea, seria, cuellerguida, sonriente, con una suave e incauta majestad de princesa colibrí. Y era de ver a la vuelta, cómo traían sus naranjas doradas, sus ramos de flores de campo, sus lirios y sus rosas! La hermana Adela quería mucho, porque no era como otras que la decían impertinencias: «Hermana Adela, ¿por qué tenéis la cabeza rapada como el mozo que nos lleva la leche?» Antes bien la decía cosas sencillas y puras: «Hermana Adela, ¿me permitís dar mis violetas a la ciegucecita que está en la esquina cantando su canción?» Otras veces, cuando iban a misa, en la capilla, fragante de in-

cienso, donde estaba el altar flamante, y el órgano místico y sonoro, y donde el Cura viejo y santo alzaba la hostia, Lea estaba inmóvil, con los ojos puestos en el oficiante. Allá arriba, en el coro, sonaban los himnos religiosos; el sacerdote vestido con su casulla, de blanco y oro, bebía en un cáliz de oro también. Todos estaban de rodillas ante él.

Lea decía allí dentro de su cabecita de gorrión recién nacido al sol:—La hostia es santa, blanca y redonda; el padre tiene una corona en la cabeza, como la hostia; bebe en una copa de oro; cuando alza la custodia tres veces sobre su frente, me está mirando el buen Dios que me ama y me ha dado mi cama suave, la leche fresca por la mañana, la muñeca durante el día, el chocolate por la noche; así dice la hermana Adela. ¡Oh buen Dios!

Y cuando después de comunión hacía una plática el señor Cura, sencillo, afable, sonriente, procuraba llegar con su palabra a la comprensión de aquellos pequeñines. «Tenéis todos una madre, hijos míos, aunque os falte la natural. Es una divina mujer que está allá en el cielo, y también en el altar donde digo la misa. Es aquella que está sobre una media luna, con un manto azul, rodeada de cabecitas de niños rosados como vosotros y que tienen alas. Es amorosa, es maternal y os bendice. Vuestro padre, es el padre celestial, es el buen Dios!»

¡Cómo amaban y comprendían ellos al «Padre celestial», a la dulce María Santa, bella y gloriosa imaginada por Murillo! Y Lea, sobre todo, se fijaba en el «buen Dios», que estaba allá en la capilla, en un retablo, todo soberbio y venerable; un gran anciano de barbas blancas, el Padre Eterno, que tenía los brazos abiertos sobre el mundo, un triángulo de luz en la cabeza, los pies sobre las nubes, lleno de ternura y majestad como un abuelo.

Cuando se iba a su lecho, pequeño y tibio como para que se echase en él una paloma, pensaba en todos los bienes de que se gozaba por el abuelo del cielo, el de la capilla, el que había creado el azul, los pájaros, la leche, las muñecas, la casulla del Cura y la madre Adela que le persignaba y arrullaba a modo de una madre de verdad.

Las doce. Clara noche.

La hermana se había puesto a rezar: «Por la guerra. Porque nos quites, oh Dios mío,

esta horrible tormenta! ¡Porque cese la furia de los hombres malos! ¡Porque respeten nuestra capilla, nuestra bandera con su Cruz!»....

La bandera estaba ya puesta desde el principio del asedio de la ciudad, en lo alto del hospicio. La guerra era la más sangrienta y espantosa que había visto el país: se sabía de saqueos, de incendios, de violaciones, de asesinatos horrorosos. Las hermanas de la Caridad que dirigían el hospicio habían pedido a los devastadores que se les respetase con sus niños. Así se les había ofrecido. Habían colocado, pues, su bandera, una gran bandera blanca con una cruz roja.

Cuando al caer de la tarde, la hermana Adela supo la noticia de que había bombardeo, a la hora del chocolate dijo a todos los chiquillos: «Hijos míos, oremos». Siempre rezaban antes de comer. De pronto empezaron a oír lejanos cañonazos. Todos los niños estaban alegres en la mesa, menos Lea. A poco le dijo a la hermana: «Oyes, hermana? Truena». Otro dijo: «Es la guerra». La hermana volvió a ordenar: «Niños míos, oremos».

A lo lejos se oían gritos, ruido de gentes en la lucha; retumbaba la voz del bronce. Arriba, en el cielo, en la pureza del azul infinito, una luna clara y argentina, en todo su esplendor, derramaba su luz; pálida, indiferente, alumbraba las miserias de la tierra.

«¡Dios te salve María, llena eres de gracia!....» Ya se había levantado, a media noche, la hermana Adela, cuando vió caer la primera bomba en el patio del hospicio. ¡El bombardeo! De modo que aquellos bandidos, aquellos Herodes, sacrificarían en su furia, y en su venganza a los inocentes! Con ruido siniestro e infernal, cruzaban las granadas por el aire. La bandera con la cruz que estaba sobre el hospicio, era como una pobre y grande ave ideal delante del inexorable y espantoso proyectil. Allá, no lejos, se oían estallar bombas y vibrar tristemente los ayes de los heridos. Una, otra casa, se envolvían en llamas. El cielo reflejaba el incendio. «Dios te salve María....» La hermana Adela fué y visitó las camas de los niños, en cada una de las cuales alentaba una delicada flor de infancia, llena de divinos aromas.

Abrió una ventana y vió cómo por la calle iban en larga carrera gentes sangrien-

tas y desesperadas, soldados heridos que desfallecían, mujeres desmelenadas con sus hijos en brazos, a la luz implacable del incendio.

Entonces fué cuando empezaron a caer granadas en el recinto en que dormían los niños. ¡Qué respeto a la bandera santa! ¡a la Cruz roja! ¡a la inocencia! Cayó la primera, y saltaron dos camitas despedazadas, dos niños muertos en su sueño. Y siguieron cayendo en lluvia tremenda las criminales; y la hermana Adela gemía, porque la muerte no viene nunca así para los pobres inocentes, y porque eso era como un olvido del cielo para con las rosas vivas que perfumaban aquellas cunas. Despertaron los chicos al estruendo, y se pusieron a llorar, en tanto que la hermana oraba con su rosario en la mano. Granada tras granada, el edificio se iba destruyendo. Al fin se incendió todo. Locas las guardianas y maestras de los niños quisieron salvar a los que pudieron tomar en brazos, azorados en su súbito despertar, soñolientos y desnudos.

La hermana Adela corrió a la camita de Lea, donde ya la niña estaba de rodillas, orando al Señor anciano de la capilla, que es tan bueno, que hizo el sol y la leche y las frescas flores de mayo; orando por aquello que no comprendía, por aquella tempestad de fuego, por aquella sangre, por aquellos gemidos.... Oh, el «Buen Dios» no permitiría que fuese así, como ella se lo rogase....

Pero al acercarse la hermana Adela, que la iba a socorrer, cayó cerca otra bomba, que hirió a la religiosa, ensangrentando su traje de algodón azul y su corneta de lino blanco.

Con los ojos abiertos en redondo, poseída de algo sobrehumano, la pequeña Lea se alzó de pronto sobre su colchón, y con una voz que helaría de espanto a un hombre de piedra, exclamó retorciendo sus bracitos y mirando hacia arriba:

¡Oh buen Dios! no seas malo!

RUBEN DARÍO

 MALOS VECINOS, por GEORGE CLEMENCEAU. Editado en *Renovación*. Precio: 30 céntimos. Lo recomendamos.

La musa del arroyo

I

Cruzábamos tristemente
 las calles llenas de luna
 y el hambre bailaba una
 zarabanda en nuestra mente.
 Al verla triste y dolida,
 yo la besaba en la boca.
 —¿Por qué aborreces la vida,
 Risa Loca?
 No llores, rosa carnal,
 que yo robaré el tesoro
 de la tiara papal
 para tus cabellos de oro.
 Y un espíritu burlón
 que entre las sombras había,
 al escuchar mi canción
 se reía, se reía.

II

De la vieja fuente grata
 en el sonoro cristal,
 la Luna brillaba igual
 que una moneda de plata.
 Temblaba su mano breve
 de blanca y sedosa piel.
 —¡Qué bonita cae la nieve...
 Y qué cruel!
 —No tiembles, yo haré un corpiño
 para tus senos triunfales
 con la pompa del armiño
 de los mantos imperiales.—
 Y un espíritu burlón
 que entre las frondas había,
 al escuchar mi canción
 se reía, se reía...

III

Noche de desolaciones,
 eterna, que llamé en vano
 con la temblorosa mano
 en los cerrados mesones.
 Lloraba un violín distante
 con tanta melancolía
 como nuestra vida errante.
 —¡Reina mía!
 dá tu dolor al olvido;
 yo te contaré la historia
 de una princesa ilusoria
 de un reino que no ha existido.
 Y un espíritu burlón
 y cruel que en la calle había,
 al escuchar mi canción
 se reía, se reía...

IV

¡Triste voluntad rendida
 al dolor de la pobreza
 ¡Oh, la infinita tristeza
 de la amada mal vestida!
 Palabra de amor que esconde
 la llaga que va sangrando
 y andar, siempre andar. ¿Adonde?
 ¿Y hasta cuándo?

—Ya apunta la claridad...
 Ya verás como se muestra
 propicia y mágica nuestra
 madre, la Casualidad.—
 Y en la encrucijada umbria
 de la suerte impenetrable,
 la Miseria, la implacable,
 se reía, se reía...

EMILIO CARRERE

La estatua de la Muerte

Ebria de sangre, loca de ferezas, empina
 su fantasmal figura de Esfinge y cortesana;
 cráteres son sus ojos, y de sus labios mana
 el odio como un mar que hacia otro mar camina.

Alienta en ella el daño. Su agilidad felina
 goza en herir sin tregua: la noche, la mañana
 oyen caer los frutos dolientes que desgrana
 del árbol de las Razas, la pérfida asesina.

Su mano—esa nervuda garra que hace la noche—
 cifra, como el tridente, descomunal dominio
 y una savia eternal sus músculos remoja.

Bajo el pie, tres mancebos, en trágico derroche
 de juventud, pregonan el bárbaro exterminio
 cabe la Humanidad que se crispa y solloza...

GUILERMO VALENCIA

Estos últimos versos del notable poeta colombiano se los inspiró una célebre escultura de la artista chilena Rebeca Motte de Yñiguez.

La cabra y el buey

Burlábase una cabra de un buey que estaba arando, porque trabajaba mientras ella no hacía más que correr y saltar durante todo el día. Llegó, sin embargo, una gran festividad, en que hacían sacrificios a los dioses, y cogiendo a la cabra, se la llevaron para degollarla.

--¡Hola, hola! dijo el buey al ver el fin que iba a tener la holgazana cabra, ¿estabas antes sin trabajar, amiga mía, para ser sacrificada ahora?

Siempre termina la ociosidad con graves desgracias.

ESOPO

Para que la porcelana y el cristal sean más resistentes, se colocan las piezas entre los lechos de heno o de cualquier otro material blando, y se meten en una vasija con agua fría.

Bien dispuesto todo se pone la vasija a la lumbre, de modo que se caliente con lentitud y cuando ya esté el agua para hervir, se quita fuego y se deja que se enfríe lentamente.

Los viajes al «Irazú»

Para ser hoy un hombre fascinante
y la moda seguir ¡por Belcebú!,
después de conseguirse un rocinante,
y echarse las alforjas por delante,
hay que ir al «Irazú».

Ahí van caballeros con sus damas,
llenos de loco afán,
y llevan en el fondo tántas llamas
que dan más sorprendentes panoramas
que los que da el volcán.

Nunca faltan señoras muy hermosas
seguidas de su esposo, ya lo sé,
mas pasan y repasan tántas cosas
que las parejas vuelven temblorosas
no se sabe por qué.

Llegan también «turistas» diariamente,
los que pueden subir sin vacilar,
pero sucede el caso sorprendente
que les sube hasta arriba «lo caliente»
y no pueden bajar.

El viaje da salud y fortaleza,
de confundirse no hay ningún temor,
aunque hablando mi amigo, con franqueza
la que quiere perderse, hasta en su pieza
se pierde, si señor.

Ha poco, una muchacha con su «amado»
al «Irazú» llegó,
sin que nada importante haya pasado,
pero cuando la chica hubo bajado
por las faldas cayó.

Ahí constantemente, noche y día,
los fotógrafos van a «impresionar»,
pero nunca «impresionan», a fe mía,
tanto como una vieja más que arpía,
que hasta la cumbre me llegó a cobrar.

El paisaje es gracioso y atractivo
cuando el volcán está en actividad,
y es lo que no concibo
que el «monstruo enorme» sea más «activo»
que el «cuerpo policial» de esta ciudad.

La vista es atrayente en grado sumo,
desde aquí bien se ve,
y sin embargo yo, en verdad, presumo
que humeante el «Irazú» echa menos humo
que algunos «dandys» que hay en San José.

El domingo anterior que fui invitado
para subir al cerro mencionado,
en el volcán ví chispas, sí señor,
y me hicieron ver chispas las avispas;
es por eso que afirmo, sin temor,
que desde que he mirado tantas chispas
soy «chispeante» escritor.

EL DUENDE ROJO

San José, 1918.

En el cuartel:

—Diga, recluta, ¿por qué tiene un zapato
amarillo y otro negro?

—Es para diferenciar la derecha de la iz-
quierda, mi teniente,

Notas de la semana

DUELO.—Nuestra sociedad ha sido honda-
mente impresionada con la noticia de haber fa-
llecido en la capital de Colombia la distinguida
señorita María Cristina Pradilla.

Es doloroso ver cómo la Intrusa agosta una
delicada flor de belleza.

Por tan luctuoso suceso enviamos nuestro
pésame a la familia Pradilla y en particular al
estimado amigo don Gustavo, cuya pena sincere-
ramente compartimos.

PORTADA.—Publicamos en la portada de
nuestra revista el retrato de la distinguida se-
ñorita Adela Rosabal, que tanto aprecia la culta
sociedad herediana. Vayan estas líneas como ho-
menaje.

LINEAS.—Cumplió años el lunes la preciosa
Virginia, hija de nuestro amigo don Victor Ló-
pez Baltodano y de su señora esposa doña Eva
de López. Que la dicha le sonría siempre.

* Cumplió un año este jueves la gentil chiqui-
tina Ana María Rodó, hija de nuestro amigo don
Manolo y de su apreciable señora esposa.

Nuestros parabienes.

* Ha mejorado de salud la señorita Amelia
Esquivel.

* Enferma se halla doña María Aurelia de Gil.

* Se encuentra un poco enferma doña Clemen-
tina Quirós.

* Ha restablecido la señorita María Cristina
Cañas.

LIBROS.—Se empastan en estos talleres. Es-
tamos en condiciones de complacer el gusto más
exigente. Precios verdaderamente módicos.

NOCHES TEATRALES.—En el Teatro Amé-
rica se proyectará este domingo, en la matinée,
la película «Marcha Triunfal» y por la noche la
célebre «Carnavalesca»; interpretada por Lida
Borelli.

* En el Teatro Trébol subirá a escena el pro-
pio domingo «Marina» y por la noche cantarán
«La Tempestad», Inclán y Marcó.

ADVERTENCIAS.—Los autores de obras lite-
rarias o científicas tendrán derecho a un juicio en
la sección bibliográfica de esta Revista siempre
que remitan dos ejemplares.

La colaboración es estrictamente solicitada y
no se devuelven originales, ni se sostiene corres-
pondencia sobre el particular.

RICARDO CONTRERAS

Acaba de desaparecer en México este distin-
guido escritor que durante largos años peregrinó
por Centro América.

Ha muerto en la ancianidad y en la pobreza.
Fue orador y literato de exquisita delicadeza en su
estilo.

ORLA NEGRA.—La muerte acaba de arreba-
tar a un artista joven, que era a la vez miembro
distinguido de nuestra sociedad, don Carlos He-
rrero.

Profundamente conmovidos hacemos presente
nuestra condolencia a la afligida viuda, a los es-
posos Herrero-Díaz y demás deudos del extinto.